

Normalmente al leer los evangelios, creemos encontrar en ellos un reportaje de la vida de Jesús. Pensamos en unos autores, que han escrito una biografía, como tantas que caen en nuestras manos. O en unos libros que conservan los acontecimientos de la

del mensaje de los hombres que la hicieron. Hemos perdido su vida interior.

El evangelio, que es anuncio y recuerdo de Jesús, está vinculado a un tiempo y a unos hombres. La huella de su fe y de sus concepciones ha que-

# nacimiento del evangelio en la iglesia primitiva

**JOSE A. BAEZA**

vida de Jesús con una precisión técnica, casi fotográfica.

Sin embargo, los evangelios constituyen una literatura singular. Han sido escritos con los ojos de la fe, recogiendo el anuncio, que los testigos de Jesús hicieron por los caminos de la tierra. En sus páginas se encierra, entremezclado con los recuerdos, el mensaje de la fe, del amor y la esperanza de los hombres que lo anunciaron.

Ocurre lo mismo que con el arte. La obra de arte es ante todo comunicación de una vida interior. Sin embargo, a veces, se nos presenta aislada, sin origen, como los restos de un naufragio arrojados en la arena. Nada no es conocido de su procedencia ni

dado impresa en cada frase. Una fe que nos llama y nos invita con su ejemplo. Percibir así los relatos evan-

géllicos, es comprender lo lejos que se encuentran del simple reportaje o de la biografía científica. A través de sus páginas vuelven a cobrar vida los hombres, que los dieron a la luz —su fe, sus esperanzas—, y que nos invitan hoy también a encontrar en Jesús, la Persona hacia la que se dirigen nuestras vidas.

## los orígenes del evangelio

El anuncio del evangelio comienza después de la resurrección de Jesús.

Ya el propio Jesús había predicado el reino, reunido un grupo de discípulos y manifestado la presencia de ese reino con sus milagros. Sin embargo, han de ser los discípulos los que experimenten en Pentecostés, después de la resurrección de Jesús, la necesidad profunda de anunciar el evangelio, el gran acontecimiento de Jesús que nos salva.

Hasta este instante ellos no comprendieron la verdadera identidad del Maestro. Su vida al lado de Jesús de Nazaret transcurrió entre el asombro y la pregunta. Así Marcos nos recuerda la poca fe de los discípulos temblorosos de miedo en la tormenta. Cuando Jesús dormido se levanta y calma la tempestad, ellos se preguntan

“¿Quién es este, a quien el viento y el mar obedecen?” (Mc 4,41).

El episodio en el que Pedro intenta andar sobre las aguas, termina en Mateo con una clara confesión de fe en el Hijo de Dios.

“Subió con ellos a la barca y se calmó el viento. Y los que en ella estaban, se postraron ante él, diciendo: Verdaderamente eres el Hijo de Dios” (Mt 14, 32-33).

En cambio Marcos insiste en la ignorancia de los discípulos:

“Subió con ellos a la barca, y se calmó el viento; y quedaron mucho más asombrados; pues no habían entendido lo de los panes; su corazón estaba embotado”.

En el Evangelio de Mateo la fe se presiente a cada instante. Nos asedia y nos invita con su ejemplo. Marcos, sin embargo, subraya de modo sistemático la incredulidad y falta de fe de los discípulos. Su relato es más coherente con el desarrollo histórico de los hechos: la fe no les viene a los discípulos de pronto.

Es en Pentecostés cuando se abren sus ojos, cuando la claridad les inunda, y su constante asombro gana en profundidad. Atónitos, comprenden ahora que Jesús es el Mesías prometido en el Antiguo Testamento, el Salvador, el Hijo de Dios. Ya no es simplemente el “Mestro”. Ahora lo llaman el “Señor”, palabra cargada de sentido religioso: es el Resucitado, que está a la derecha del Poder de Dios.

Todos los acontecimientos de la vida de Jesús aparecen ahora con una profundidad nueva. Le ocurre lo mismo que a la gente sencilla, sorprendida en su vida cotidiana por un gran personaje de riguroso incógnito. De pronto, al desaparecer el incógnito, todas las relaciones trabadas con él se iluminan con un sentido nuevo. Su vida cotidiana ha sido trascendida por un hecho importante. Del mismo modo, a los ojos de la fe, los hechos y palabras de Jesús se transfiguran. Los milagros no son simples prodigios, sino signos de una salvación más profunda. Su marcha hacia Jerusalén, donde ha de morir y resucitar, se ve dentro del gran plan de Dios sobre Israel, como el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento. La Resurrección lo ilumina todo.

## **los ambientes en que se transmite el evangelio**

La predicación del evangelio surge de esta mirada asombrada, que penetra con luz nueva la existencia de Jesús. No consiste en un relato biográfico de su vida, sino en el anuncio de la Resurrección y de todos los acontecimientos de su vida vistos a esta luz. Los evangelios escritos dependen directamente de esta predicación. No son, por tanto, una biografía que relata la vida de un personaje, según una perfecta sucesión

cronológica y con una intención casi fotográfica. Son el anuncio de la Resurrección de Jesús, que invita al lector a la fe.

Si comparamos esta predicación pri-

mitiva con los evangelios encontraremos un significado parecido. He aquí el anuncio del evangelio, tal como Pedro lo expone al centurión romano Cornelio.

“Vosotros conocéis lo sucedido en toda Judea, comenzando por Galilea, después del Bautismo predicado por Juan: como a Jesús el Nazaret, lo ungió Dios con Espíritu Santo y poder, el cual pasó obrando el bien y sanando a los tiranizados por el diablo porque Dios estaba con él. Y nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo en la región de los judíos y en Jerusalén; al cual mataron colgándolo de un madero. A este Dios resucitó al tercer día y le concedió que se manifestase, no a todo el pueblo, sino a los testigos prefijados por Dios, a nosotros que comimos y bebimos con él después de resucitar él de entre los muertos...” (Hechos de los Ap. 10, 37ss.)

Predicación del Bautista

Milagros de Jesús (Galilea)

Subida a Jerusalén

Muerte y

Resurrección.

El esquema que sigue esta predicación es siempre uniforme. Los discípulos son los testigos de la Resurrección de Jesús, que han comido y bebido con él después de su resurrección. Su testimonio comienza siempre con la predicación del Bautista.

Y tras los milagros que Jesús realiza en Galilea, insisten en su subida a Jerusalén, centro oficial de la religión judía, donde el Mesías se manifiesta como tal en su muerte y resurrección. En una lectura somera de los tres evangelios de Mateo, Marcos y Lucas apreciamos el mismo esquema. No se trata de una exposición histórica de la vida de Jesús. Juan indica en su evangelio que el Maestro subió varias veces a Jerusalén. Simplemente se recogen los aspectos más significativos de su vida, para invitar a los hombres a la fe.

En torno a los apóstoles y a los jefes de la comunidad se agrupan ahora los nuevos creyentes. El recuerdo de Jesús tiende a hacerse concreto y se narran y se transmiten de boca en boca los hechos y palabras de Jesús.

“Los que acogieron su palabra, se bautizaron, y se agregaron aquel día unas tres mil almas. Y PERSEVERABAN EN LA ENSEÑANZA DE LOS APOSTOLES y en la fracción del pan” (Hechos, 2, 41-42).

Es la catequesis cristiana. En ella, la razón del recuerdo de Jesús es la fe, la comprensión de que Jesús es la persona hacia la que se dirigen sus vidas, que encierra el sentido de la existencia, la verdad por la cual se puede vivir y morir.

Importa apreciarlo así, para comprender el sentido con que se transmite en la comunidad creyente el recuerdo de Jesús. Los acontecimientos de su vida constituyen el núcleo de esta enseñanza, dirigida a aumentar y fortalecer la fe. Numerosos episodios del evangelio, que hacen alusión a la necesidad de la fe y de la confianza en Jesús, toman cuerpo en este ambiente. Así, la fe del centurión que asombra al propio Jesús —¡Os aseguro que no hallé una fe tan grande en Israel! (Mt 8,10)—, la confianza de la mujer cananea que insiste en su súplica, a pesar de la negativa de Jesús —¡Oh, mujer, grande es tu fe! (Mt

15,28—, la fe que se le pide a Jairo ante la muerte de su hija —“No temas: sólo ten fe” (Mc 5,36)—.

A la luz de esta educación de la fe, las diferencias señaladas antes entre Mateo y Marcos se explican. En Marcos se subraya constantemente la ignorancia de los discípulos. En el relato de Mateo, en cambio, la fe de los discípulos nos invita casi desde el primer momento. En el episodio de la tempestad, los discípulos dirigen a Jesús la súplica:

“SEÑOR, sálvanos” (Mt 8,25).

En la expresión “Señor” la comunidad naciente veía a Jesús en su profundo significado de Salvador resucitado e Hijo de Dios. Marcos coloca en labios de los discípulos una expresión mucho más atenuada:

“MAESTRO, ¿no te importa que perezcamos?” (Mc 4,38).

En los relatos del evangelio de Mateo apreciamos más claramente cómo la fe en la resurrección ha transfigurado los hechos pasados. El recuerdo de Jesús no se transmite con una simple curiosidad histórica. Es siempre una invitación a la fe. Asediados con el ejemplo de los discípulos, se nos invita a creer y a esperar de igual modo en el Señor Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios.

Junto a la enseñanza de la fe, la comunidad naciente se reunió para celebrar la cena del Señor, la fracción del pan.

“Unánimes y asiduos todos los días en el Templo, PARTIENDO en las casas el pan, tomaban juntos el alimento con alegría y sencillez de corazón” (Hechos 2,46).

Este culto sencillo e inmediato, celebrado en memoria del Señor, hacía a Jesús misteriosamente presente en el centro de sus vidas. Aquí también debieron transmitirse no pocos relatos

de la vida de Jesús. “Cuantas veces comáis de este pan y bebáis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor” escribía Pablo (L. Cor. 11,26). Los relatos de la Pasión aparecen unidos así con el significado profundo de la Cena: “este es mi cuerpo que por vosotros se entrega”, y debieron recordarse en estas celebraciones. El milagro de la multiplicación de los panes fue recordado en este contexto con una luz nueva. En él Jesús no hace un simple prodigio, sino que tomó los panes, “los bendijo, los partió y entregó a los discípulos”, fórmula significativa que nos indica que a la luz de la fe, Jesús es para los creyentes el Pan de Vida y quien lo coma ha de vivir eternamente.

De este modo, el evangelio que es anuncio e invitación a la fe, se va convirtiendo en las reuniones cristianas en un recuerdo que invita también a la confianza y a la entrega. Aquí el recuerdo se adapta al ambiente en que se transmite, más preocupado en poner de relieve el significado profundo del recuerdo, que da relatar un reportaje detallado “No podemos, pues, esperar encontrar en los evangelios —si no es por azar— hechos en estado puro, indemnes de la interpretación que alcanzan en la predicación. Pero dondequiera los Evangelios están cerca de la materia y de la forma de la predicación nos encontramos en contacto con una tradición tan antigua como la Iglesia misma” (1). La predicación, pues, contiene los hechos fundamentales de la vida de Jesús. Cuando estos hechos se desdoblaron en múltiples recuerdos en las reuniones de los fieles, reciben un tratamiento más libre, aunque fieles siempre al recuerdo original. Así surgen los relatos que no se han formado nunca por un simple interés histórico, sino como recuerdos importantes para la fe de la comunidad.

## Las formas literarias del evangelio

El recuerdo de Jesús se transmite en la comunidad oralmente. Se trata de una tradición viva, que usa unas formas literarias propias de la transmisión oral. El recuerdo de Jesús cristaliza en dos grandes bloques: los dichos de Jesús y los relatos sobre Jesús (2).

Los relatos de milagros son las narraciones de los hechos maravillosos realizados por Jesús. En ellos no se nos dice nada del enfermo, de su nombre, ni de sus actitudes religiosas, miedos o esperanzas. El centro del relato es la persona de Jesús, "que pasa haciendo el bien y sana a los dominados por los poderes del mal". El Poder de Dios se manifiesta en El. El esquema que utilizan estas narraciones es siempre el mismo.

### esquema de un relato de milagro

Entonces se levantó un fuerte torbellino y las olas saltaban sobre la barca de suerte que estaban a punto de hundirse. Y él dormía a popa, sobre un cabezal.	APARICION DE UN MAL.	Viene a él un leproso
Le despiertan y le dicen: Maestro, ¿no te importa que perezcamos?	LA FE QUE EXIGE O ENCUENTRA JESUS.	y de rodillas le explica: Si quieres puedes limpiarme.
Y levantándose, increpó al viento y dijo al mar: Calla, enmudece.	INTERVENCION MUY SIMPLE.	Y apiadado, extendió la mano y le tocó diciendo: Quiero, queda limpio.
.....		.....
.....		.....
Y quedaron sumamente atemorizados y se decían unos a otros: ¿Quién es éste...? (Mc 4,37-41)	ADMIRACION O ASOMBRO DE LOS PRESENTES.	Pero él, saliendo, comenzó a divulgar a voces lo ocurrido... (Mc 2, 40-45)

Otra forma de relato es la controversia. La comunidad cristiana, que agrupó en sus filas en primer lugar a creyentes procedentes del mundo judío, encontró una resistencia encarnizada en el judaísmo oficial. En esta situación, los fieles recordaron las discusiones que Jesús sostuvo con los jefes de Israel, en las que el Maestro les hacía enmudecer.

De este modo, en esquemas más o menos fijos, se va vaciando el recuerdo de Jesús y facilita la labor de memoria. Otros grupos de relatos presenta una forma más varia. Son los

distintos episodios de la vida de Jesús —llamamiento de los discípulos, el centurión, la mujer cananea, etcétera—, que guardan algún recuerdo importante para la fe de la Iglesia. El episodio de la pesca milagrosa, por ejemplo (Lc 5,1-11), no se relata conforme al esquema de un milagro. Es un recuerdo sobre el llamamiento de los discípulos, enmarcado en el hecho significativo de una pesca abundante: "No temas; desde ahora serás pescador de hombres. Y trayendo las barcas a tierra, dejándolo todo le siguieron" (Lc 5,10.11).

## los dichos de Jesús

El recuerdo de las palabras de Jesús es especialmente importante en la vida de la comunidad. Algunas se conservan en medio de un episodio, en las circunstancias en que fueron pronunciadas. Pero otras se desprendieron pronto del contexto histórico. Adquirieron así más claramente un valor intemporal, y los creyentes comprendieron que esas palabras se dirigían a ellos, superando el espacio y el tiempo.

Aún es posible alcanzar en los evangelios el eco del lenguaje de Jesús: un lenguaje concreto, donde lo cotidiano alcanza una profundidad desusada. La semilla que se siembra, el árbol que da buenos frutos, los lirios del campo, la despensa de la casa de donde el dueño saca cosas nuevas y viejas. En un lenguaje cargado de imágenes —¿podéis beber la copa que yo he de beber?—, paralelismos y parábolas, el lenguaje de Jesús nos llega hasta nosotros a través de la transmisión de la iglesia.

Se trata de una tradición cuidadosa, pues la palabra de Jesús es importante para la comunidad. Pero, con frecuencia, su contexto histórico se ha perdido. Las palabras de Jesús se dirigen muchas veces a la comunidad creyente. Así, por ejemplo, las sentencias agrupadas por Mateo en el sermón del monte están dirigidas a los discípulos, y a través de ellos, a la iglesia naciente. La frecuente alusión al “hermano” sugiere una comunidad:

“No juzguéis y no seréis juzgados, y con la medida con que midiéreis seréis medidos. ¿Cómo es que ves la paja en el ojo de tu HERMANO, y no adviertes la viga en el tuyo? O, ¿cómo dirás a tu HERMANO: deja que saque la paja de tu ojo, estando la viga en el tuyo? Hipócrita, quita primero de tu ojo la viga, y entonces verás

claro para quitar la paja del ojo de tu HERMANO” (Mt 7, 1-5).

De este modo el recuerdo de Jesús se actualiza. Una vez más no pretende la comunidad guardar simplemente la letra del recuerdo de Jesús, sino vivir sus palabras, que siente dichas a sí misma. Esto permitirá ciertos deslizamientos en la expresión. Pero nos legarán una imagen viva y dinámica del evangelio, como un recuerdo que hay que vivir en las propias circunstancias.

Cuando los evangelistas recensionen por escrito la predicación y tradiciones de la iglesia, se mantendrán fieles a la unidad del evangelio, pero ofrecerán a la vez con distintos matices los recuerdos de Jesús. El evangelio es una vida en crecimiento. Para apreciarlo hay que tener en cuenta las diversas características de cada evangelio.

## la redacción de los evangelios

Al leer los evangelios, nos sentimos con frecuencia perdidos en los relatos concretos e incapaces de apreciar la unidad del conjunto. Un relato y otro parecen meramente juxtapuestos y no abarcamos su punto de enlace. Esto se debe al carácter fragmentario de la tradición primitiva de la iglesia. Sin embargo, el evangelio de Mateo, Marcos y Lucas consta de una ordenación. Cada texto enlaza dentro de una visión de conjunto. Este guión de conjunto es en parte idéntico en los tres, pues, como ya vimos, los evangelios ponen por escrito la predicación de la iglesia. Pero, además de este esquema común, dan al desarrollo del relato una visión particular.



## el evangelio de marcos

Marcos presenta el evangelio dentro de un proceso que coincide con el desarrollo de la fe. Así al final del evangelio el centurión romano, enfrentado con la muerte de Jesús, confiesa:

“Verdaderamente este hombre es el Hijo de Dios” (Mc 15,39).

El hecho es significativo porque no hay en labios humanos a lo largo de este evangelio una confesión de fe tan clara, sino más bien la ignorancia y la incredulidad rodean a Jesús. La primera parte del evangelio subraya sistemáticamente el secreto que Jesús impone en sus milagros. No se manifiesta abiertamente, sino en lugares alejados de la muchedumbre. Al leproso sanado le dice:

“Mira, NO LO DIGAS A NADIE... Pero él saliendo comenzó a divulgar a voces lo ocurrido, de manera que ya no podía Jesús entrar públicamente en ciudad alguna, sino que andaba fuera de poblado, EN LUGARES SOLITARIOS” (Mc 1,44-45).

Esta reserva de Jesús confunde a sus discípulos que no comprenden el misterio que se revela ante sus ojos. La ignorancia de los discípulos es presentada desde el comienzo sistemáticamente, en contraposición con la fe clara de los discípulos que se dibuja en el evangelio de Mateo. En torno a Jesús se cierne la incredulidad y la ignorancia. Las gentes asombradas se preguntan: “¿Qué es esto?” (Mc 1,27). Los discípulos se interrogan “¿Quién es este?” (Mc 4,41). Los fariseos deciden matarle (3,6), en Nazaret no creen en él (6,3). Unos dicen que es Juan Bautista, otros que Elías o uno de los profetas (6,14-16). El desconcierto y la incredulidad crecientes, cesan un momento, cuando Jesús plantea a sus discípulos la pregunta clave:

“Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo? Y Pedro le respondió: Tú eres el Cristo” (Mc 8,39).

Jesús se manifiesta como interrogación, plantea una pregunta trascendental: ¿Quién soy yo? La fe de sus discípulos, afirmada por Pedro, no es todavía más que un comienzo.

La segunda parte del evangelio insiste en este misterio de Jesús que sorprende más y más la incompreensión de sus discípulos. Por tres veces les anuncia que el Hijo del Hombre subirá a Jerusalén, donde será condenado y resucitará al tercer día. Ellos no lo entienden, Así, después del episodio de la transfiguración escribe Marcos:

“Y bajando del monte les encargó que a nadie contasen lo que habían visto, sino cuando el Hijo del hombre hubiera resucitado de entre los muertos. Ellos guardaron el secreto, y se preguntaban qué era aquello de resucitar de entre los muertos” (9, 9-10).

Solamente en la cruz, al morir, el centurión creerá en él de un modo definitivo: “Verdaderamente este hombre es el Hijo de Dios”. La pregunta candente a todo lo largo del evangelio alcanza así al lector: “¿Qué es esto? ¿Quién es este? ¿Quién soy yo?”. Puesto en presencia de la muerte y de la resurrección de Jesús, el lector es invitado a confesar junto con el centurión que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios (3). El relato de Marcos es una invitación a la fe, un evangelio. Por eso él escribe al principio de su obra:

“Comienzo del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios” (Mc 1,1).

## el evangelio de mateo

También el evangelio de San Mateo recoge con una visión propia la pre-

dicación y las tradiciones de la comunidad.

Insiste este evangelio en la conexión que enlaza a Jesús con las profecías del Antiguo Testamento. Continuamente se insiste en la notación:

“Todo esto ocurrió en cumplimiento de lo que anunció el Señor por el profeta...” (Mt 2,22).

Cuando nace de una virgen, o se instala en Nazaret, cuando cura a los enfermos o es apresado en el huerto, se cumplen en Jesús antiguas profecías. A veces estas profecías se violentan buscando una excesiva coherencia en el detalle. Es la fe de la comunidad que comprende todos los relatos de la vida de Jesús como la esperanza de Israel, largamente anunciada por los profetas.

Esta coherencia de los dos Testamentos —Antiguo y Nuevo— nos indica que el medio en el que nace el evangelio de Mateo es judío. Sin embargo, es este evangelio el que más fuertemente resalta la ruptura abierta entre Jesús y el pueblo escogido. El relato se desarrolla con un movimiento dramático, ya que Jesús, que se manifiesta triunfalmente al comienzo, tiene que enfrentarse cada vez más con la incredulidad de los jefes de Israel. Así se retirará progresivamente para concentrarse en un pequeño grupo de discípulos que creen en él. La ruptura definitiva se materializa con su muerte y el grupo de discípulos da comienzo a la nueva comunidad que ha de extenderse por todo el mundo.

De esta manera, el evangelio de Mateo es también el más eclesial. En él se instruye con preferencia a la nueva comunidad separada de Israel. Y es posible entrever cómo los grandes discursos, en los que Mateo agrupa su evangelio, se dirigen a esta nueva comunidad. Así el sermón del monte alude a los “hermanos” que se con-

gregan en la Iglesia primitiva. La misión de los discípulos, evoca una época de persecuciones que son las que vive la nueva comunidad. Las instrucciones que da a los discípulos (Mt 18) son normas para los jefes de la iglesia primitiva. En este contexto la parábola de la oveja perdida, no termina como en Lucas con la alegría que hay en el cielo por cada pecador que se convierte, sino con el cuidado que deben tener los jefes de la comunidad con cada uno de los creyentes.

“Así no es voluntad de vuestro Padre celestial, que se pierda ni uno solo de esos pequeñuelos” (Mt 18,14).

Y la fe de los discípulos, que se agrupan en torno al Maestro, tan claramente opuesta a la ignorancia que muestran en Marcos, sirve de ejemplo a la fe de los fieles.

Tres son pues las líneas fundamentales del evangelio de Mateo:

1. La coherencia con el Antiguo Testamento.
2. La ruptura progresiva entre Jesús y el pueblo escogido.
3. La creación de una nueva comunidad.

A través de estas orientaciones se nos muestra la visión propia con que la fe ha iluminado el evangelio de San Mateo. A esta luz, los hechos pasados adquieren una nueva perspectiva. El recuerdo de Jesús se adapta a las exigencias vitales de la nueva comunidad. El recuerdo se conserva al ritmo de un tiempo nuevo.

## el evangelio de san lucas

Natural de Antioquía, Siria, y griego de formación, el evangelista Lucas imprime a su versión del evangelio los rasgos más literarios y humanos. La figura de Jesús está vista con un



hondo sentido de humanidad. Desde el anuncio del ángel en Belén, “Os anuncio una gran alegría...; os ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo, el Señor...” (Lc 2,10-11), hasta la escena del Calvario (“Padre, perdónales”...), todo el evangelio de Lucas nos da una imagen luminosa de Jesús como el Salvador de todos. Inclinado hacia los pecadores, los enfermos, los publicanos, los pobres... Nadie es excluido del influjo salvador de Jesús. La mujer pecadora, Zaqueo, el buen samaritano, el hijo pródigo, el publicano que sube al templo a orar, son ejemplos de las acciones y palabras de Jesús inclinadas hacia el hombre. Sólo los orgullosos y egoístas —como el rico Epulón, el fariseo que se enorgullece de su propia virtud— se cierran a la acción salvadora de Jesús. Esta se abre no a los justos, sino a los pecadores, a los pobres, a los samaritanos —considerados como herejes y extranjeros—. De los diez leprosos sólo uno vuelve a agradecer la curación, y es samaritano. El buen samaritano es un ejemplo para el doctor de la ley. La salvación que Jesús trae es universal. Lucas, compañero de viaje de Pablo, heredero de su predicación, olvida todas las expresiones que sepan a excesivo particularismo judío. Su evangelio se hace universal.

Junto a esto ordena las tradiciones como una gran marcha de Jesús hacia Jerusalén. Es este un tema tradicional en la predicación primitiva. El le da, sin embargo, una fuerza singular. “Al llegar el tiempo de su partida de este mundo, se resolvió a ir a Jerusalén” (Lc 9,51). Desde este momento todo el relato está dominado por la idea de una subida. En ella desaparecen los nombres de aldeas o ciudades. Solamente un destino nos es conocido: Jerusalén. Un destino doloroso, pues se vincula a su partida de este mundo. La parábola del hombre noble, que parte a tierras ex-

trañas para recibir la dignidad real, la propone Jesús inmediatamente antes de su entrada en la ciudad: “les propuso esta parábola por estar cerca de Jerusalén y parecerles que el reino de Dios iba a manifestarse enseñada” (Lc 19,11). Jesús es ese hombre noble que tiene que marchar lejos —morir y resucitar— para recibir la dignidad real. De este modo, la subida de Jesús a Jerusalén tiene un sentido religioso. Jesús va en busca del designio de Dios sobre su vida. Va al encuentro de la voluntad de Dios. Toda la existencia de Jesús se concentra, pues, en un punto, tiene que llegar puntualmente a una cita, porque en ella se centra la salvación humana:

“Mirad que subimos a Jerusalén y se le cumplirá al Hijo del hombre todo lo escrito por los profetas” (Lc 18,31). Desde el evangelio de la infancia en el que Jesús sube a Jerusalén con sus padres y se pierde y aparece a los tres días, “porque debe cumplir la voluntad de su padre” (Lc 2,49), todo el evangelio se dirige a un punto: su muerte y resurrección en Jerusalén.

### las diferencias entre los evangelistas

Para una mentalidad moderna, obsesionada por la historia como un conjunto de datos objetivos, depurados de toda adherencia subjetiva, son un escándalo las diferencias constatables entre las diversas redacciones del evangelio.

La pretensión de objetividad pura puede ser una pretensión deshumanizadora, pues nos aleja de la repercusión vital, que los hechos pasados tienen para quien los transmite. Y por lo que respecta a las tradiciones evangélicas, el recuerdo de Jesús se nos transmite con ciertas diferencias en los evangelios. Son precisamente esas

diferencias de detalle las que nos explican el modo peculiar, la visión de la fe, la determinada vivencia existencial, que los hechos revisten en los distintos evangelios. Dentro de una coincidencia global, los rasgos diversos explican la ductilidad del recuerdo. El evangelio es más una vida que

se transmite, que una biografía científica.

La tradición recogida por Mateo y Marcos sobre la muerte de Jesús, ofrecen una diferencia, pequeña quizá, pero sugestiva, con la recensio- nada por Lucas.

Mt. 27,54	Mc 15,39	Lc. 23,47
El centurión por su parte y los que con él estaban custodiando a Jesús, al ver el terremoto y las cosas que ocurrían, temieron mucho y decían:	Y el centurión, al verlo expirar así, dijo:	El centurión, viendo lo acontecido, glorificaba a Dios diciendo:
En verdad este era HIJO DE DIOS	Verdaderamente este hombre era HIJO DE DIOS.	Verdaderamente este hombre era JUSTO

La expresión que Mateo y Marcos ponen en labios del centurión es una confesión de fe. La frase de Lucas "este hombre era justo", está con toda probabilidad más de acuerdo con el acontecimiento real. El recuerdo transmitido en la comunidad tomó un matiz muy definido: enseñar el camino de la fe; el centurión se convierte así en un ejemplo que hay que seguir.

Ya vimos la singular importancia que este relato tiene en Marcos. Es la única expresión de fe clara que nos conserva el evangelio. Situada al final de un proceso, al término de la revelación misteriosa de Jesús, el lector es invitado a hacer como el centurión: creer que Jesús es el Hijo de Dios.

En el evangelio de Mateo, en cambio, la fe nos asedia desde muy temprano, en el ejemplo de los discípulos. Estos forman la pequeña comunidad agrupada en torno a Jesús y separada de la religión oficial de Israel. Al término del evangelio, el abismo que les separa de Israel es insalvable. Mientras los judíos dan muerte a Jesús y se burlan de él por-

que se ha hecho "Hijo de Dios" (Mt 27,43), la figura del centurión es un símbolo de la casa que se les ha quedado desierta: el reino se abre a los gentiles.

Sería absurdo menospreciar estos relatos porque no han conservado el reportaje literal de lo ocurrido. En la confesión de fe del centurión encontramos la propia fe de los testigos y de la iglesia, que puestos en presencia de Jesús nos dan su significado profundo (¡es la muerte del Hijo de Dios!) y nos invitan a creer.

## conclusión

Este largo recorrido por la formación del evangelio era necesario. La innata tendencia a buscar en ellos el reportaje, se une a nuestra obsesionante fidelidad a la letra. El evangelio es espíritu que vivifica. Profundamente uno y asombrosamente diverso y adaptable. A medida que en él nos acercamos al núcleo de la predicación, la tradición es más antigua y la unidad es mayor. A medida que la predicación se diversifica en múlti-

	XVIII 1800	XVII 1700	XVI 1600	XV 1500	XIV 1400
Historia	BRONCE EGIPTO XII	MEDIO XV DINASTIA HYKSOS EN EGIPTO SAMSÍ-ADAD I ASIRIOS	BABILONIA	BRONCE XVII DINASTIA	NUEVO DINASTIA
Eventos	Hammura Samsí-Adad I	JACOB - JOSE		(EN EGIPTO - opresión - )	
Libros					
Artes	Pirámides (¿2700? IV Din) Código de Hammurabi.				

### TABLA CRONOLÓGICA

	VIII 800	VII 700	VI 600	V 500	400
Historia	II XXII Din XXIII	XXV ASIRIO Sargón II	BA BILONIA Nabuc. Calria	XXVI PERSAS Ciro	
Eventos	ISRAEL (Norte) Amós Oseas	REY 721 Caída de Samaria ISRAEL (Sur) Isaías Miqueas	Destrucción * Templo EXILIO Edicto de Circo * 587 Caída Jerus.	Reconst. Templo * Zoro babel	Do minación P ERSA * Templo Garzím- Nehemías Es (murallas)
Libros	Amós Oseas	Isaías (1-59) Miqueas	Josué Jueces Samuel Reyes Nehum 22 Haba cuc * Apar. "Libro de la Ley"	Ezequiel Ageo Zacarías ¿Isaías? (56-66)	Malaquías ¿Abdías? ← PENTAT Ruth Job Prov. Cantar SALMOS
Artes	Hesíodo Fundación de Roma	Invencción moneda	Tales	BUDA Heráclito CONFUCIO Parménides Esquilo Sófocles	Fidias (Parthenón) Sócrates Platón Aristó



ples recuerdos, estos reciben la variada huella de una fe, que es en el fondo la misma. La fe profunda de Pentecostés ha impreso al recuerdo rumbos distintos, adaptándose a los distintos ambientes y situaciones. Es la admirable diversidad de una comunidad, que vive el mismo evangelio al ritmo de sus propias circunstancias.

Una curiosa tradición, conservada por el escritor cristiano del s. III Eusebio de Cesarea, evoca la suspicacia con que los cristianos de Roma veían el trabajo de poner por escrito el evangelio. Pensaban que entregarlo al papel significaría una pérdida irreparable: el recuerdo de Jesús perdería vitalidad y en "compromiso" personal.

Hoy, al cabo de tantos siglos, empezamos a sospechar hasta qué punto

tal temor podía ser fundado. Consignado al papel, el evangelio ha dejado de ser en muchos momentos una tradición viva. A partir del momento en que los evangelios se han escrito va a sobrevivir la institucionalización de la Iglesia. Se asegura así la estabilidad del mensaje evangélico y de la fe de la comunidad. Y, aunque desde ahora, la comunidad volverá siempre con profunda devoción a estas páginas escritas, un serio peligro la amenaza: perderse en la fidelidad a la "letra" y ser incapaz de reencontrar y actualizar en el pulso de los tiempos el espíritu eterno de Jesús; repetir cansadamente fórmulas arcaicas. Esta tradición muerta, tan opuesta a la tradición viva de la comunidad primera, nos plantea hoy una búsqueda acuciante: ¿Cómo ha de ser el evangelio de Jesús en la iglesia de nuestro tiempo?

## notas

- (1) C. H. DODD: "La Predication apostolique", París, 1964, pág. 71.
- (2) LEON DUFOUR, en Introd. a la Biblia de Robert-Feuillet, Herder, Barcelona, 1966, páginas 291-294.
- (3) LEON DUFOUR: Los evangelios y la historia de Jesús. Ed. Estela, Barcelona, 1966, pág. 162.